

consigue persona en er mundo. Las palabritas de mié que salen de tu boca, son toas pa las mujeres, que te oyen engolosinás. Una rubia mu rubia, esportiya e salero, sueña toas las noches contigo metía en sus sábanas; pero ayí se pué está yorando, que los tus pensamientos son pa una morena con dos ojos recortaos der manto e la Virgen, que en toas partes los pone menos en ti. Rencorosiyo no me eres, pero esto ya te trae una mijiya desasonao. Si pasiensia tienes y largo esperas, quisás argún día se te logre á ti tu capricho; pero has de quitarte de engrei á ninguna otra mujé con palabritas durses. Roando er tiempo, tendrás tres hijos y los tres serán curas. Ar que bien te deseé, bien le deseó; ar que mar te quiera, los ojos se le sarten; que te lo mereses to por rumbo, y tienes bigotiyo de charó, risita de afortunao, planta de granaero y patitas de bailao. Y ahora, échame una limonista pa los *churumbeles*, salao.

ÁLVARO. ¡Ya lo creo! ¡Después de tantísimo piropo! Toma, mujer, toma...

TONTO. ¡Lo... lo mismo que me dijo á mí: patitas de *bailaor*! ¡Saca-dinero!

CLOTILDE. ¿Conque tres hijos y curas los tres? ¡Mire usted que es desgracia la nuestra!

SOCORRITO. Mujer, los hijos de Álvaro ya no nos alcanzan á nosotras.

ÁLVARO. Oye, tú: eso de los hijos curas, ¿no lo podríamos arreglar?

GITANA. Ponme aquí una moneiya de plata, simpático to, que tienes bigotiyo de hule, y yo te contaré lo que no sabes.

ÁLVARO. No, no; la cosa había de ser desinteresada.

GITANA. Á Isabel. ¿Te la digo á ti, amapola der campo?

ISABEL. Á mí no, á mí no.

GITANA. Á Juanita. ¿Y á ti, paloma mensajera?

JUANITA. Tampoco.

GITANA. Á Socorrito. Pues te la vi á desí á ti, botón de rosa.

SOCORRITO. Me la has dicho ya varias veces y nunca has acertado. El morenito con lunares no acaba de llegar.

GITANA. Á Clotilde. Ea, graciosa, entonces te la digo á ti.

CLOTILDE. ¿Á mí? Te la digo yo á ti primero. Hasta al gato de mi casa le he dicho yo ya la buenaventura.

GITANA. Pos darme unas perriyas más, corasones de asuca, que ni por causaliá se vende una canasta, y me esperan ayí tres *chorreles* con las bocas abiertas como los gurripatos en er niño.

ÁLVARO. ¿Tres hijos tienes?

GITANA. Tres me viven, y uno que está encargado.

TONTO. ¡Men... mentira! ¡men... mentira!

GITANA. ¡Mala puñalá te den; no te cayera más castigo que alimentarlos! Vamos, señó, ¿me echa usté esas perriyas, por la salú de estos luseros?

ÁLVARO. ¡No faltaba otra cosa!

GITANA. Dios se lo pague á usté, galán.

SOCORRITO. Y déjanos, déjanos.

CLOTILDE. Ya sabes el camino.

TONTO. Desazonado. ¡Sí, hombre, sí; que se largue ya! ¡Qué pesada se pone!

GITANA. ¿Pero no te has muerto toavía, feo to? Se enzarzan la Gitana y el Tonto. Ella, mientras se va, no para de echarle maldiciones, á las que él contesta más alterado cada vez. Los demás se rien de la escena.

TONTO. ¡Á tu casa, á tu casa! ¡Ma... ma... mala persona!

GITANA. Mialo, to temblando: está más nervioso que un flan.

TONTO. ¡Porque no quiero nada con brujas!

GITANA. Anda, esaborío: ¡condenao te veas á estrená botas!

TONTO. ¡Ó te vas ó te miento la bicha!

GITANA. Corriendo furiosa detrás de él. ¡Torsías te jagan de la lengua pa ensendé las luses, roñosol! ¡Comío de picores te encuentres... y tenga que rascarte yo!

TONTO. ¡Largo! ¡largo!

GITANA. ¡Mala sangre! ¡malas ideas! ¡Permita Dios que se te caiga la barriga antes de comé! Ea, güenas tardes. Vase por la derecha.

TONTO. ¡Pues, hombre! ¡Pues estamos aquí divertidos con la bruja esa! En cuanto se aleje un poco le tiro un peñascazo. Se va como en acecho de la Gitana buscando una piedra.

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué odio más cómico el que le tiene á la gitana!

SOCORRITO. Lo saca de quicio. Y como ella no hay fiesta en el campo donde no se presente, y á él le pasa lo mismo, siempre los tenemos que oír.

JUANITA. Á Isabel. ¿Vámonos otra vez al columpio?

ISABEL. Vámonos. Á las otras dos. ¿Y ustedes, no vienen también?

CLOTILDE. Ahora.

Se marchan por la derecha Isabel y Juanita. Por la izquierda vuelve á salir ANDREA.

ANDREA. Zeñorita Zocorro.

SOCORRITO. ¿Qué hay?

ANDREA. Secretamente. La zeñorita Dolores...

Hablan bajo, aparte.

CLOTILDE. Á Alvaro. ¿De manera que, según la gitana, usted viene á ser un mariposón?

ÁLVARO. La gitana no ha dicho eso.

CLOTILDE. Ha dicho que tiene usted buenas palabritas para todas...

ÁLVARO. Sí, pero...

Continúan hablando en voz baja.

ANDREA. Lo que quiere es que, zin que nadie ze fije, vaya usté ayá.

SOCORRITO. ¿Está en la casa?

ANDREA. Zí, Con er zeñorito don Rufino.

SOCORRITO. Pues voy en seguida. ¿Qué me querrá mamá Dolores?

Se va por la izquierda, seguida de Andrea, que no deja de sollozar.

CLOTILDE. Se va Socorrito.

ÁLVARO. Sí. Se va.

CLOTILDE. Pero no se apure usted, que vuelve.

ÁLVARO. ¿Apurarme? ¿Por qué? Es usted demasiado maliciosa. Tiene usted una imaginación muy propensa á salirse de la realidad.

CLOTILDE. Para eso es imaginación. ¿Quiere usted que vayamos al columpio?

ÁLVARO. Vamos.

CLOTILDE. Yo no estoy de humor de mecermé. Se sienta.

ÁLVARO. Como me lo propone usted...

CLOTILDE. Deseaba saber hasta qué punto le interesa á usted mi conversación. Y ya he visto que le importa muy poco.

ÁLVARO. Se equivoca usted completamente.

CLOTILDE. La pícara imaginación.

ÁLVARO. Y además, es usted injusta conmigo. Porque ya debía saber que me deleita oirla.

CLOTILDE. ¡Jesús, María y José! Baje usted un poco más la voz, que hay eco.

ÁLVARO. ¿Y qué que haya eco?

CLOTILDE. Que repite lejos las cosas, y alguien se pudiera enterar...

ÁLVARO. ¿De que hablamos? Sentándose á su lado. Por mí, que se enteren. ¿Acaso me recato yo nunca para hablar con usted? ¿No nos han visto todos muchas veces en alegre palique? Pero, en fin, por si el temor al eco no es por mí, sino por usted, siempre que tenga que decirle á usted que me encanta—¿lo oye usted? que me encanta—bajaré la voz. Diciendo y haciendo. Y para que el misterio sea absoluto, me acercaré á usted lo más posible... hasta donde usted me consienta...

CLOTILDE. Deteniéndolo con un ademán. Así está ya bien. Pausa. ¡Ay!...

ÁLVARO. Chito... Cuidado con el eco.

CLOTILDE. Ahora soplabá el viento y no había

temor... ¿Le gusta á usted el ruido del viento entre los pinos?

ÁLVARO. Mucho.

CLOTILDE. ¿No es verdad que parece que está detrás el mar?

ÁLVARO. Justamente; la impresión es esa.

CLOTILDE. Oiga usted ahora.

*Escuchan los dos.*

ÁLVARO. Sí, sí... El mismo rumor de las olas.

CLOTILDE. Yo, hasta huelo á marisco. Mi nariz también tiene fantasía.

ÁLVARO. ¡Ja, ja, ja!

CLOTILDE. ¡Qué lástima que en realidad no esté el mar ahí junto, y no haya una barca en la orilla!

ÁLVARO. ¿Prefiere usted el mar al campo?

CLOTILDE. Prefiero siempre lo que no tengo.

ÁLVARO. ¿Vive usted de ilusiones?

CLOTILDE. Y gracias. Y la ilusión presente es la de un paseito por el mar.

ÁLVARO. ¿Conmigo?

CLOTILDE. Claro. Si no se asusta usted de las olas.

ÁLVARO. Nací sobre ellas.

CLOTILDE. ¿Por supuesto en un buque?

ÁLVARO. Naturalmente.

CLOTILDE. Sí; porque usted no tiene cara de ser pescado.

ÁLVARO. Favor que usted me hace. ¿Y no la inquieta á usted la idea de naufragar conmigo?

CLOTILDE. Á mí, no. ¿Y á usted conmigo?

ÁLVARO. Tampoco. No ha entrado nunca en mis temores el de naufragar.

CLOTILDE. ¿Lleva usted salvavidas?

ÁLVARO. Nunca.

CLOTILDE. Pues mucho ojo.

ÁLVARO. Bien que con usted valía la pena de arrostrar el naufragio.

CLOTILDE. ¿Verdad que sí?

ÁLVARO. ¡Qué ansiedad! ¡Qué emociones! ¿Eh, Clotilde? ¡Mire usted que el momento de hundirse la barca entre la espuma de las olas revueltas!

CLOTILDE. Entusiasmada. ¡Ay, qué bien! ¿Usted lo preferiría de noche, no?

ÁLVARO. ¡Ya lo creo!

CLOTILDE. Noche oscura, cerrada. ¿Y un rayo, estaría mal?

ÁLVARO. Si nos cogía por medio, sí.

CLOTILDE. Bueno, pues entonces, sin rayo; con luna. Una luna muy blanca, muy blanca...

ÁLVARO. Muy blanca.

CLOTILDE. Me sostendría usted á mí entre sus brazos...

ÁLVARO. La sostendría á usted con uno nada más, para ir nadando con el otro hasta ganar la orilla.

CLOTILDE. Eso es. Yo iría como traspuesta, ¿verdad? pero dándome cuenta de todo.

ÁLVARO. Y yo la alentaría á usted constantemente: «¡Ánimo, Clotilde, ya vamos á tocar la orilla!»

CLOTILDE. Y yo le diría á usted entre lágrimas

mas: «¡Sálvese usted, Álvaro! ¡Déjeme usted que perezca yo sola!» Porque habría un momento de gran peligro, en que usted, agotadas las fuerzas, estaría á punto de rendirse.

ÁLVARO. Sí; pero entonces, yo cambiaría de brazo mi dulce carga, y vuelta á nadar... á nadar... á nadar... ¡Oh!... ¡Qué escalofrío al pisar tierra!

CLOTILDE. ¡Y qué catarro al día siguiente! Se ríen los dos á carcajadas. ¡En Arenales no se iba á hablar de otra cosa en mucho tiempo!

Sale MAMÁ DOLORES por el foro y se detiene contemplando el grupo de Álvaro y Clotilde, que charlan animadamente.

MAMÁ DOLORES. (Lo que yo me temía. Y lo malo es que á éste la que le hace *tipilin* es Socorrito. Y ésta, con su charla, va á distraérmelo. Y una por otra, la casa por barrer. Me la llevo. ¡Vaya si me la llevo!) Con jovialidad, ¡Hola, hola!...

CLOTILDE. ¡Mamá Dolores!

MAMÁ DOLORES. ¿Qué hacen ustedes aquí solitos?

CLOTILDE. Secándonos.

Ella y Álvaro se ríen.

MAMÁ DOLORES. ¡Chiquilla!

ÁLVARO. Acabamos de naufragar. Se levanta.

MAMÁ DOLORES. ¿Cómo, cómo, cómo? Ah, ya. Siempre serán las fantasías de ésta. ¿Y Juanita? ¿Y la otra?

CLOTILDE. Se fueron al columpio. Allí están. Mírelas usted: deshojando margaritas.

MAMÁ DOLORES. Para ver si se casan ó no se casan.

CLOTILDE. Es gana de preguntárselo á las flores. Ya saben que no.

MAMÁ DOLORES. Bueno: ¿vamos nosotras á lo nuestro?

CLOTILDE. ¿Á lo nuestro? ¿Y qué es lo nuestro?

MAMÁ DOLORES. Á la ermita á ver al Patriarca San José. Siempre que venimos al *Pinar* vamos las dos juntas. Es tu devoción.

CLOTILDE. Con poquísimas ganas de cambiar á Álvaro por San José. ¿No hará mucho calor todavía, mamá Dolores?

MAMÁ DOLORES. ¿Calor? Tú estás loca. Sopla un aire riquísimo. Además, el camino está lleno de árboles.

CLOTILDE. Creo que han talado mucho.

MAMÁ DOLORES. Mejor. Así nos sorprende la novedad. ¿Vamos?

CLOTILDE. Sin moverse. Lo que usted quiera.

MAMÁ DOLORES. Vamos.

CLOTILDE. Resistíendose. El caso es que no llevo pañuelo para la cabeza. Y no voy á entrar en el templo con el moño al aire.

MAMÁ DOLORES. Te pones un papel. Y si no, la sacristana te dará un pañuelo.

CLOTILDE. ¿Y usted cree que yo me echo encima un pañuelo de la sacristana. ¡Uf! ¡Qué ascol!

MAMÁ DOLORES. Precisamente es una mujer que se lava la cabeza todos los días.

CLOTILDE. Á saber con qué.

MAMÁ DOLORES. Con aguarrás. No tengas aprensión ninguna. Vámonos, vámonos antes que sea más tarde.

CLOTILDE. Agarrándose á la última tabla. Oiga usted. ¿Sigue allí el monaguillo tuerto? Porque, si sigue, yo no voy.

MAMÁ DOLORES. ¿Qué ha de seguir, criatura? Al contrario. Ahora hay uno que tiene dos ojos así: como un buey. Parece el dos de oros.

CLOTILDE. ¿Y vamos á dejar aquí á Álvaro?

MAMÁ DOLORES. ¿Y qué van á decir las otras muchachas si nos lo llevamos?

ÁLVARO. Yo estoy á las órdenes de ustedes y de San José.

MAMÁ DOLORES. Muchas gracias. Tú te quedas aquí. ¡No faltaba más! Conque, en marcha, Clotilde.

CLOTILDE. Levantándose al fin. ¡Á ver si nos sale al encuentro el lagarto del otro día!

MAMÁ DOLORES. Como ya nos conoce, le diremos: «Amigo, buenas tardes. Páselo usted bien.»

CLOTILDE. ¿Y no hay tarántulas?

MAMÁ DOLORES. ¡No! ¡Ni hormigas! Anda, anda. Hasta luego, Álvaro.

ÁLVARO. Hasta luego.

CLOTILDE. Con pena. Hasta luego, Álvaro.

MAMÁ DOLORES. Vamos á ver á San José bendito.

CLOTILDE. Yéndose como á remolque. Vamos á ver á San José bendito. . que bien podía haber venido aquí.

MAMÁ DOLORES. ¡Niña! (Pobrecilla: yo lo considero. Va como si la llevara al patíbulo.)

Se alejan por el foro, hacia la izquierda. Álvaro las mira ir fijamente. Clotilde vuelve el rostro más de una vez.